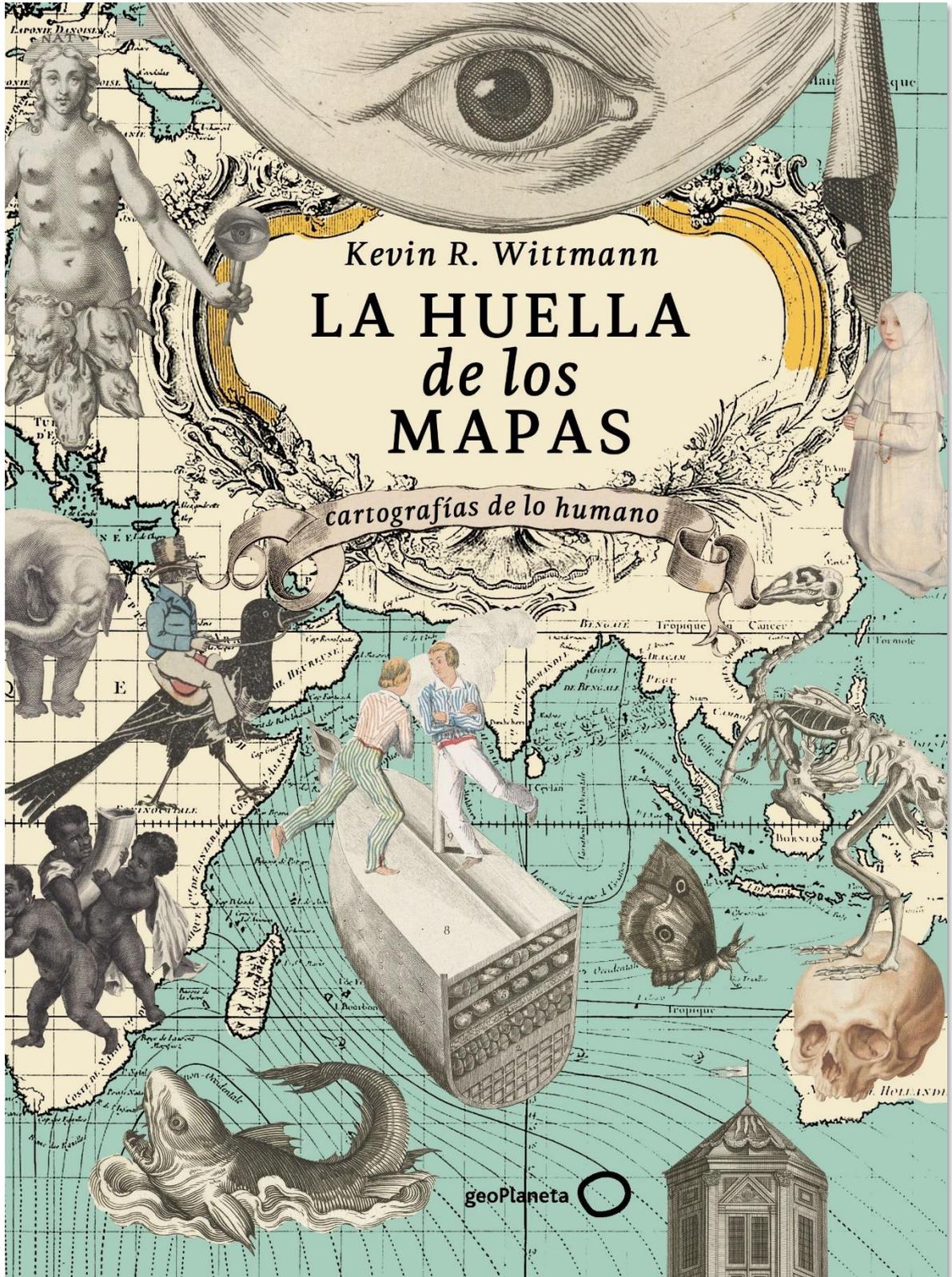




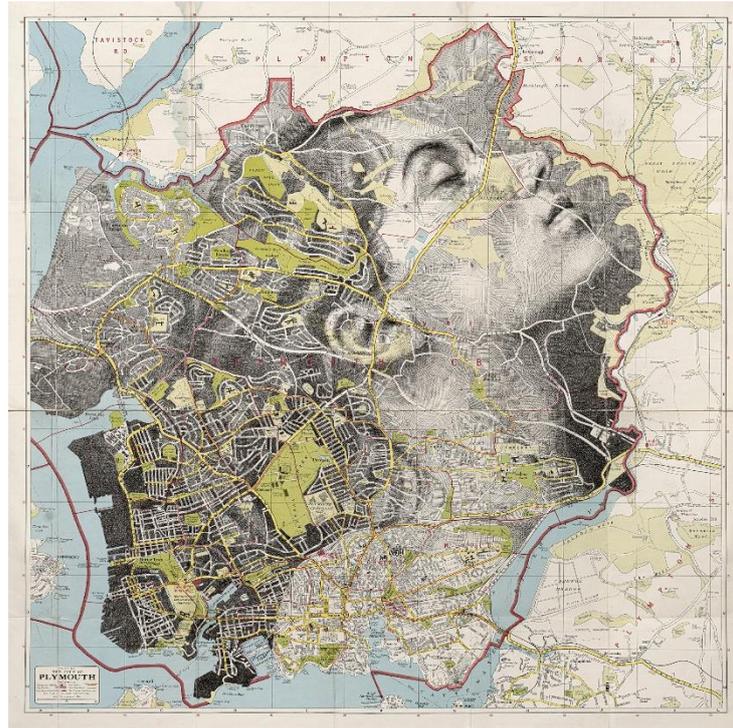
geoPlaneta



A la venta: 27 de septiembre 2023



geoPlaneta



LA HUELLA DE LOS MAPAS

CARTOGRAFÍAS DE LO HUMANO

KEVIN R. WITTMANN

Una recopilación de historias fascinantes, desde la prehistoria hasta nuestros días, que muestran cómo los mapas han marcado nuestra forma de entender el mundo.

Los mapas son mucho más que meras representaciones topográficas de un territorio. Son definiciones de nuestra visión del mundo. Nuestro mundo. Porque vivimos en un complejísimo escenario de experiencias, creencias y culturas que conforman las distintas maneras de entender la realidad del ser humano. Cada cultura, cada pueblo, cada civilización se definen a sí mismos a través de su relación con el espacio que los rodea y con el que les queda más lejos. Y esa definición se cristaliza en los mapas. No solo en los mapas que estamos acostumbrados a ver, sino también en representaciones cartográficas mucho más amplias, profundas y complejas.

Esta no es una historia de la cartografía. Ni un libro sobre los mapas más importantes o espectaculares que se han elaborado. Ya se ha escrito mucho y bien al respecto. Lo que Kevin R. Wittmann ha reunido en *La huella de los mapas* son evidencias de la importancia de los mapas en la idiosincrasia cultural y mental del ser humano. Tanto en el pasado como en el presente. En estas páginas queda constancia del innegable peso que tienen en nuestra vida,



geoPlaneta

pero también en el de culturas de todo el mundo, desde Australia hasta Colombia, pasando por el continente africano, Europa, Norteamérica y las islas del Pacífico.

Este libro surge de la necesidad de ampliar nuestra concepción de lo cartográfico. Tiene como fin demostrar que los mapas, más allá de sus formas, tradiciones y métodos creativos, están presentes en todas las culturas, a lo largo y ancho del planeta. Que, en términos históricos, sociales, económicos y geopolíticos, estamos hechos de mapas.

Con un lenguaje narrativo y cercano, Kevin R. Wittmann muestra que los mapas encierran un nivel de significado mucho más profundo de lo que pueda parecer a primera vista, y que tienen una importancia capital en la historia de la humanidad y en diferentes contextos culturales y geográficos.

Kevin R. Wittman hace divulgación sobre historia de la cartografía, arte y cultura a través de redes sociales y el crecimiento de sus seguidores demuestra el interés que despierta la divulgación sobre los mapas y su valor histórico-cultural.

MAPAS: ESTÁN POR TODAS PARTES

(extractos del Prólogo. Carla Lois. Univ. Buenos Aires)

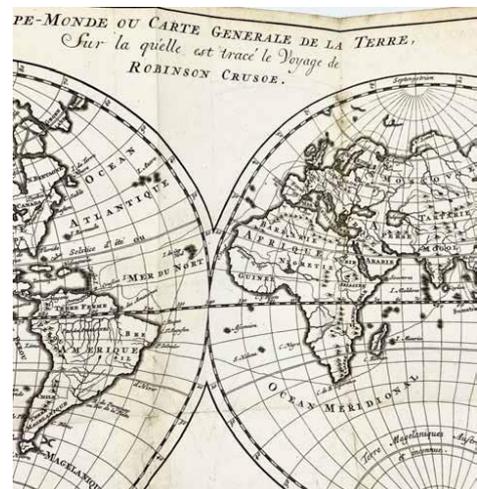
Los hay de todo tipo: en blanco y negro y en colores, satíricos y científicos, para navegar y para ilustrar libros de ficción, con sonidos y mudos, dibujados a mano y computarizados, artísticos y topográficos, indelebles y efímeros. También los hay de papel, tallados en madera, esculpidos en metal, hechos de cañitas de bambú, dibujados sobre la arena, pintados sobre pergaminos, tatuados en la piel, bocetados en la pizarra de un aula escolar, instalados en las paredes de la vía pública, armados en cabellos trenzados.

Los mapas están por todos lados donde miremos. Y por donde no miremos, también.

Ante esta diversidad surgen **varios interrogantes**. El primero de ellos, tal vez el más obvio: **¿qué es un mapa?** También algunos otros que nos interpelan como lectores: **¿por qué las imágenes seleccionadas, interpretadas y comentadas en este libro son mapas?** O, mejor dicho, **¿en qué sentido lo son?**

El variopinto elenco de mapas que desfila ante nuestros ojos a lo largo de la lectura de este libro sugiere que no hay respuestas taxativas para estas preguntas. Las imágenes cartográficas entendidas como modos de inscribir ideas sobre el mundo varían de una cultura a otra y, además, han ido cambiando a lo largo del tiempo tanto como lo han hecho las ideas mismas.

Los lectores contemporáneos, acostumbrados como estamos a ver planisferios y mapas regionales que se parecen demasiado entre sí, afrontamos el desafío de dejarnos sorprender por mapas que son muy diferentes





geoPlaneta

de los que conocemos sin acusarlos de ser imprecisos o inútiles ni puramente decorativos o simples rarezas.

(...)

Notemos lo amplia y socialmente aceptado que está el hecho de que las fotos de la publicidad estén retocadas, los porcentajes de efectividad de los productos que se promocionan estén dibujados y nada de lo que compramos luzca tal como nos lo venden. No lo decimos así, pero sabemos que la publicidad miente o, cuando menos, deforma. En cambio, no aceptamos nada de eso en los mapas. El público general no se atreve a ponerlos en cuestión, los considera incontestables.

(...)

En el caso de la cartografía, la revolución tecnológica no nos ayudó a desmitificar la objetividad de los mapas. Ocurrió todo lo contrario: la popularización de herramientas tales como Google Maps o el GPS, en lugar de despertar nuestra conciencia sobre la capacidad de manipular las imágenes cartográficas, incrementó exponencialmente la confianza casi ciega que depositamos en esos dispositivos para movernos por el mundo.

En este sentido, esta suerte de atlas narrado que nos ofrece Kevin R. Wittmann también puede inspirar modos de repensar nuestra mirada sobre los mapas que usamos hoy en día. El autor afirma: «Un mapa, más allá del material del que esté hecho, más allá de como represente el espacio, es una confirmación de nuestra identidad, un nexo con una realidad que no deja de sorprendernos y, en última instancia, una oportunidad para repensar nuestra relación con el mundo y con nuestros orígenes como sociedad». De hecho, una mirada atenta a esas imágenes que nos ha dejado el pasado puede enseñarnos muchas cosas sobre el presente.

(...)

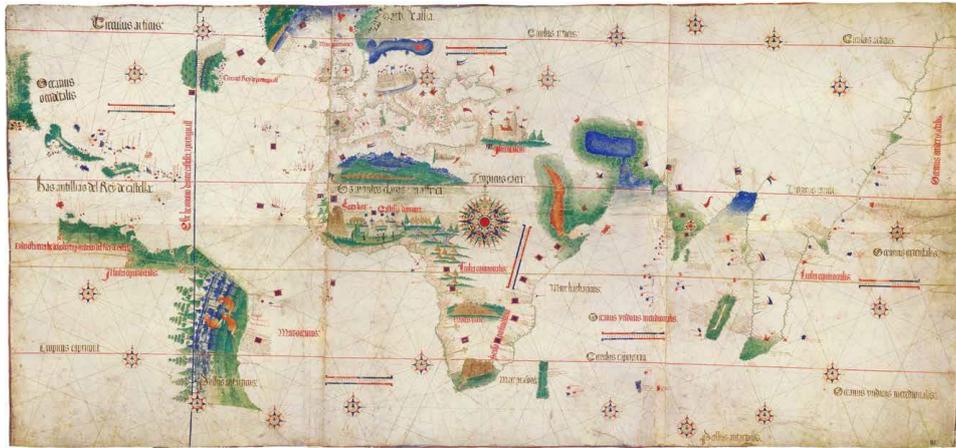
Entre las innumerables aventuras que nos trae este libro, están las incertezas que cuentan los mapas. Algunos mapas incluyen lugares míticos, ficticios o inexistentes. Aun más: hubo tierras que, a lo largo del tiempo, oscilaron entre su consideración de ficticias y reales.

(...)

Los mapas hablan de las culturas que los crean. Porque, como dice Wittmann, «a fin de cuentas, los lugares existen en la medida en que los imaginamos». En este libro no solo se nos ilustra con imágenes cautivadoras, sino que se nos deleita con anécdotas e informaciones que nos permiten dar vida a esas representaciones del pasado. Sin conocer las circunstancias en las que fueron elaborados, los mapas apenas serían marcas sobre papel, madera o tantos otros soportes.

Aunque se tiene el convencimiento de que los mapas actuales no incluyen geografías imaginarias, descubrimos que los cartógrafos contemporáneos las utilizan ya no para reproducir leyendas fantásticas o para dar crédito a los relatos de algunos viajeros, sino, ni más ni menos, para preservar sus negocios. Las empresas que publican planos urbanos, mapas de rutas e, incluso, sistemas de orientación digitales (GPS) introducen «pequeñas ficciones»: callecitas que no existen, algún riacho o detalles menores que sirven para advertir el plagio en caso de que sus mapas sean copiados y reproducidos por otros comerciantes sin la debida autorización y el correspondiente pago de derechos de propiedad intelectual.

El mensaje que nos transmite cada tradición cartográfica, incluso cada mapa, debe entenderse de acuerdo con el contexto en el que se creó y, a la vez, atendiendo a una lectura particular. A fin de cuentas, como afirmaba John Brian Harley, un mapa es un texto. Lo que nos muestra, lo que nos esconde y lo que nos presenta definen tanto a quien lo creó como a nosotros mismos. No solo habla de los propósitos de su creador o creadora, sino también de nuestra manera de recibirlo. De lo que hizo sentir a sus primeros destinatarios y nos hace sentir hoy a nosotros



Planisferio de Cantino. 1502

Sumario

Prólogo

Introducción. Somos lo que cartografiamos

1. Homo cartographicus
2. Los lugares de verdad no salen en los mapas
3. Mirando al este
4. Mapas y trenzas: libertad e identidad
5. De como nuestra visión del mundo nació en una biblioteca
6. Mapas humorísticos, mapas como espejos
7. Espionaje, diplomacia, navegación y hojas de cocoteros
8. Los mapas crean mundos inesperados
9. Mapas y arte: la gran simbiosis

HOMO CARTOGRAPHICUS. LOS MAPAS PREHISTÓRICOS

Hablar de mapas prehistóricos es hablar de arte prehistórico. Si nos ceñimos a nuestra noción moderna de mapa para valorar estas representaciones, el fracaso está asegurado. Por otro lado, hace ya décadas que se demostró que la capacidad cognitiva del Homo sapiens no ha variado desde poco después de su aparición, hace 200 000 años. Casi desde el principio de nuestra existencia como especie hemos sido capaces de interpretar signos abstractos y comprender información semiótica de acuerdo con un modelo de representación compartido por nuestra comunidad.

En otras palabras, un Homo sapiens de hace 150 000 años podía interpretar un mapa tal y como lo hacemos nosotros. Kevin R. Wittmann nos lleva a viajar muchos milenios atrás, a través de hallazgos arqueológicos como el *Mapa de Abauntz*, un canto encontrado en 1993 en la cueva navarra de Abauntz, con incisiones que parecen representar un mapa del entorno, y que ha llevado a los expertos a preguntarse cuál era su cometido, el grado de



Mapa de Abauntz

abstracción del que eran capaces estos antepasados o su relación con el entorno. O como el *colmillo de mamut de Pavlov* (Moravia Meridional), de más de 36 cm de longitud, del Paleolítico superior, grabado con un sistema de representaciones geométricas que van más allá de lo decorativo y que los expertos han concluido que se trata de un mapa con elementos topográficos.

Se ha defendido la existencia de mapas prehistóricos, o al menos de representaciones de naturaleza cartográfica, en numerosos yacimientos a lo largo y ancho del mundo, como España, Israel, Ucrania, Francia, Suiza, Italia, Argelia o China, entre muchos otros lugares. Y siempre surge la pregunta de su finalidad. ¿Cuál debió de ser el motivo para que, milenios antes de la aparición de la escritura, un grupo humano cartografiara un territorio? De nuevo, la respuesta es más compleja de lo que pueda parecer a simple vista. Podemos decir que los

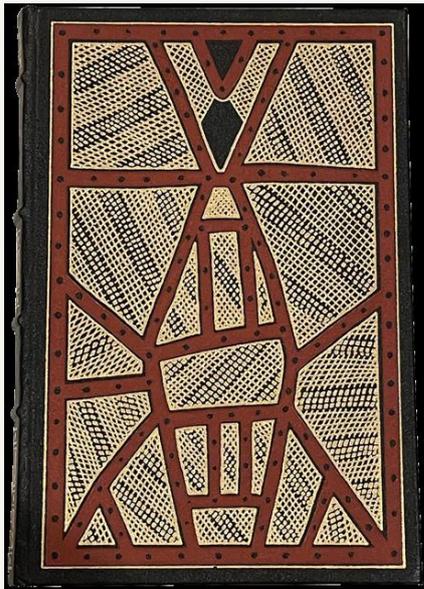


Detalle del colmillo de mamut de Pavlov

objetivos de los mapas prehistóricos son relativamente heterogéneos. Según algunos investigadores, los pueblos prehistóricos creaban mapas no solo para indicar la posesión de determinados territorios destinados a la caza, sino también para establecer rutas de movilidad o marcar el acceso a puntos agrícolas, documentar una reproducción a escala de los alrededores y ofrecer una narración de un suceso en particular. No se trata de elementos que se limiten a representar el paisaje, sino que forman parte del desarrollo, la transformación y la transmisión narrativa del ser humano.

LOS LUGARES DE VERDAD NO SALEN EN LOS MAPAS. LAS SONGLINES AUSTRALIANAS

En las extensas tierras australianas, el ser humano que las habita siempre ha cantado describiendo el entorno. Los pueblos aborígenes crearon canciones para narrar como los espíritus ancestrales modelaron el mundo y para exponer los elementos y las rutas que conformaron (y conforman) su territorio.



Cubierta de la primera edición de *Los trazos de la canción*, de Bruce Chatwin (1987).

Las canciones levantan un mapa del entorno. Por tanto, si unimos todas esas canciones, el resultado no es otro que el mapa entero de Australia. Un mapa sonoro que tronca con el origen humano del continente. En inglés se conocen como *songlines*, «líneas de canciones». O, de manera bastante más sugerente y soñadora, *dreaming tracks*, «pistas de sueños».

En las *songlines* se da una simbiosis de la memoria, el recuerdo y la herencia cultural de los aborígenes que define su realidad. Conocer una canción es conocer el entorno físico. Las canciones transmitidas de generación en generación son un legado del conocimiento geográfico del país, labrado durante miles de años. Cuando cantan, los aborígenes hablan con la naturaleza, tanto con la exterior, la que conforma el territorio, como con la interior, la esencia de su cultura.

Porque, para los aborígenes australianos, las canciones y el territorio forman una unidad. Cantar a la tierra hace que esta siga viva, mientras que dejar de hacerlo equivale a condenarla a morir. Como escribió Bruce Chatwin en *Los trazos de la canción*, el libro que popularizó la tradición de las canciones australianas en Occidente, «la tierra a la que no se canta es una tierra muerta».

LOS MAPAS MEDIEVALES: MIRANDO AL ESTE

Si aprendemos a leer los mapas medievales, nuestra idea de la Edad Media cambia sobre los tópicos de periodo oscuro que suelen imaginarse, y se amplía hasta límites insospechados. Pero, ¿cómo eran los mapas medievales? Sabemos muy poco de ellos. Disponemos de pocos recursos para entender su contexto en toda su amplitud. La mayoría no han sobrevivido, algunos los conocemos por descripciones de terceros y de otros no sabemos absolutamente nada. Gran parte de los estudios de los mapas medievales parten de ciertas hipótesis, y a veces su interpretación no es tarea fácil. Sobre todo, porque nuestro concepto de «mapa» es, en términos históricos, bastante moderno.



De hecho, lo que nosotros llamamos «mapa» se podía denominar de maneras tan indicativas como «figura», «forma», «descripción», «pintura»... La explicación es muy sencilla: los mapas no se entendían como algo autónomo, como una representación cartográfica propiamente dicha. **En la Edad Media se consideraba que los mapas eran diagramas, ilustraciones o representaciones visuales.** Es decir, no se distinguían de las miniaturas de los manuscritos, ni de las iluminaciones, ni de lo que hoy conocemos como «arte medieval». En la elaboración de mapas se utilizaban los mismos materiales y pigmentos que en la creación de obras de arte. Y, por supuesto, no había cartógrafos, sino iluminadores. Es algo que debemos tener muy en cuenta al valorar los mapas medievales. Estos, a diferencia de lo que hoy ocurre, **se enmarcaban dentro de la creación artística**, como ha sido costumbre en gran parte de la historia.

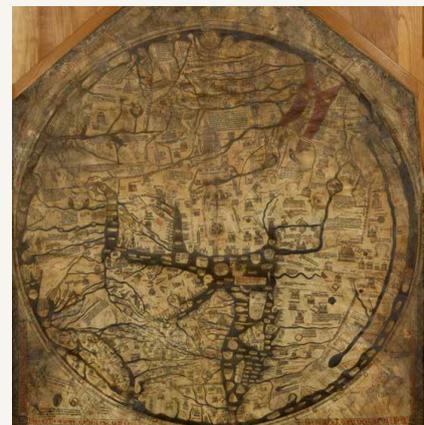
Uno de los mapas más frecuentes era el llamado **mapa T en O**: una T inserta en una O, con el asta horizontal de la T en la mitad del círculo que la contiene. Por regla general, estos mapas están diseñados **con el este en la parte superior**, de manera que el norte está a la izquierda, el sur a la derecha y el oeste en la parte inferior. El este, es decir, Asia, ocupa toda la mitad superior del círculo, mientras que Europa (a la izquierda) y África (a la derecha) comparten la inferior. El río Tanais (actual río Don, en Rusia) separa Asia de Europa; al sur, el Nilo separa Asia de África. Todo ello rodeado por el inmenso, circular y continuo océano exterior. Ya tenemos la modalidad básica del mapa de T en O, una tipología que procede de la Antigüedad, pero que debe su enorme difusión en la Edad Media a Isidoro de Sevilla, que la describe en su obra *Etimologías*, escrita entre el 627 y 630, la gran enciclopedia de la Edad Media: transcrita, consultada y estudiada hasta la saciedad, este libro condensó el saber clásico y lo interpretó para hacerlo accesible en su época.

Los mapas de T en O fueron reproducidos y utilizados con asiduidad a lo largo de toda la Edad Media: más o menos desarrollados, con incorporaciones que convierten la T en una Y, con diferentes detalles toponímicos y topográficos... A fin de cuentas, la sencillez formal de un mapa de T en O permite su adaptación según los intereses del copista.

EL MAPPAMUNDI DE HEREFORD

Este famoso mappamundi medieval, que data de la última década del siglo XIII y es **la representación cartográfica más compleja y monumental que se conserva de la Edad Media.** Con su casi metro y medio de diámetro y la amplísima información que contiene, es una auténtica enciclopedia visual. La información que contiene este mapa responde a una concepción de la geografía íntimamente unida a la historia.

Mostraba a la sociedad medieval cómo era el mundo y, sobre todo, qué albergaba. Hablamos de un mapa en el que tienen cabida 420 ciudades, 32 pueblos e incontables escenas tanto bíblicas como mitológicas, por no mencionar el gran número de animales y plantas. Con el este en la parte superior, el mapa está coronado por la representación de Dios entronizado sobre el mundo mientras preside el Juicio Final.



LOS PORTULANOS

Los portulanos son mapas en su mayoría realizados en la cuenca mediterránea y que se ocupan de ese mar, si bien también incluyen partes de Europa occidental, África noroccidental y Oriente Próximo, y, con el tiempo, recogerían cada vez más regiones. Al estar relacionados con la navegación, tienen un carácter más empírico, y ya presentan formas continentales más «reconocibles» para nuestra mirada. Son mapas muy detallados, con todo tipo de información. Las líneas costeras están llenas de topónimos: puertos, ciudades, cabos, fortalezas... Referencias fundamentales para todo aquel que necesitara reconocer el territorio, primer paso para dominarlo. No solamente desde un punto de vista político, sino también natural.

Los portulanos desempeñaron un papel crucial a la hora de superar una inmensa barrera, desconocida y peligrosa, que había resultado infranqueable para el ser humano durante milenios: el océano.



Atlas de Abraham Cresques, 1375.

Hay cierto consenso en que los primeros portulanos tenían una finalidad práctica vinculada a la navegación y al reconocimiento del espacio. Sin embargo, pronto incorporaron cada vez más detalles, elementos decorativos, iluminaciones. Algunos eran auténticos objetos de lujo que todavía hoy son admirados como hitos del arte tardomedieval. El famoso atlas atribuido al judío mallorquín **Abraham Cresques**, realizado en 1375, es una fascinante obra de arte que aúna conocimiento geográfico e histórico, representación cartográfica y dominio de la miniatura. Es muy probable que se elaborara como regalo al rey Carlos VI de Francia; quizá por ello su autor utilizó los materiales y colores más fastuosos de los que se disponía en la época, así como una información completa, moderna y rigurosa, tanto en los textos descriptivos como en la representación del mundo. La obra se compone de un total de siete pequeñas tablas sobre las que se insertan pergaminos iluminados con diferentes contenidos, tales como un calendario astronómico, distintos diagramas, material para calcular la fecha de la Pascua... Pero el contenido principal, el que ha hecho del Atlas de Cresques una de las obras más estimadas de la historia, son sus mapas, que ofrecen una representación del mundo como no se había visto antes.

Si colocásemos las planchas que contienen el mapa una junto a otra, tendríamos ante nuestros ojos el mundo tal cual era para un europeo del siglo XIV, un mundo en constante crecimiento, pues a Occidente no dejaba de llegar información de extrañas y atractivas regiones lejanas. La creación de Cresques es toda una enciclopedia visual, un enorme catálogo de miniaturas, la mayoría de ellas acompañadas de textos explicativos y descripciones que nos ayudan a bucear en esa imagen del mundo.



MAPAS DE TRENZAS: LIBERTAD E IDENTIDAD

El cuerpo como base para una determinada representación cartográfica es común a varias culturas del mundo. Uno de los casos más curiosos son los mapas de trenzas de Palenque.

San Basilio de Palenque es un humilde pueblo colombiano de casas bajas y menos de 4000 habitantes, que parece anclado en el tiempo, a unos 50 km de Cartagena de Indias; un pueblo único que incluso mantiene un idioma propio, el palenquero, que combina léxico español con la gramática de las lenguas bantúes africanas.

Su origen está a muchos kilómetros de allí, concretamente en las islas Bijagós, cerca de la actual Guinea-Bisáu, en la costa occidental africana. De allí llegaron los esclavos a Cartagena de Indias a mediados del siglo XVI, y entre ellos Benkos Biohó, un hombre dispuesto a ser libre que se convirtió en una figura legendaria en toda Nueva Granada. Lideró una especie de guerrillas y creó una serie de emplazamientos protegidos que eran habitados y gobernados por cimarrones, aquellos esclavizados que escapaban de sus cautiverios. A estos emplazamientos, conocidos como «palenques», no dejaban de llegar esclavos con la necesidad de vivir en una comunidad en la que poder moverse a su antojo, tomar partido en las decisiones comunitarias, bailar, relacionarse entre sí. En definitiva, participar de una especie de utopía. Y uno de esos palenques fue el de San Basilio, fundado en 1603 y considerado oficialmente el primer pueblo libre de América.

La libertad está enraizada en la idiosincrasia de la gente de Palenque. Una idiosincrasia moldeada por unas características que la hacen única: no solo su lengua, sino también su música, su gastronomía, su forma de vida, su organización social... y sus trenzas. **Las trenzas de las palenqueras reflejan la memoria de su cultura, sus orígenes esclavizados y su identificación con el territorio.**

Según la tradición oral, en las grandes haciendas esclavistas de Nueva Granada, las mujeres se reunían en los patios al caer la tarde, se sentaban al fresco, conversaban y se entretenían haciendo trenzas a sus hijas. Pero **esas trenzas tenían un significado mucho más profundo: eran mapas del entorno.** Sus formas geométricas relativamente complejas no representaban otra cosa que la topografía del territorio: los riachuelos, los caminos que los bordeaban, los bosques, las montañas... Eran **códigos de información compartidos en secreto por la comunidad.** Los esclavizados observaban las trenzas atentamente, las memorizaban y emprendían la huida. Gracias a las trenzas, sabían a donde ir, qué iban a encontrar fuera y cómo llegar a ser libres.

Era un trabajo en equipo. Las mujeres se movían por las haciendas con mayor libertad que los hombres y llegaban a conocerlas bien. Se afanaban en retener aquellos elementos naturales que pudieran servir de referencia para plasmarlos al final del día en las trenzas de las pequeñas. Eran mapas hechos de trenzas, pero también de memoria y esperanza. El arte de las trenzas palenqueras se ha transmitido oralmente durante siglos, aunando tradición, historia, peinado y representación del territorio. Tanto es así que el espacio cultural de San Basilio de Palenque fue declarado en el 2005 Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la Unesco.



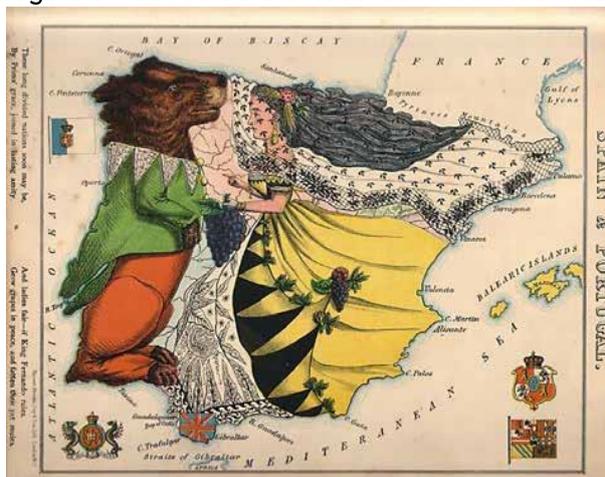
MAPAS HUMORÍSTICOS: LOS MAPAS DE LILIAN LANCASTER

Un buen ejemplo del poder del humor y la sátira en la conformación de una cartografía alternativa en el siglo XIX gira en torno a una actriz inglesa que se hizo famosa interpretando la canción satírica *Lardy Dah, Lardy Dah* en teatros de Nueva York, Chicago, Baltimore y Washington. El éxito fue tal que el título de la canción pasó a formar parte del lenguaje popular norteamericano y la artista, Lilian Lancaster, llegó a ser conocida a ambos lados del Atlántico.

Pero Lilian, nacida en 1852, no se dedicaba únicamente al mundo del espectáculo. De hecho, hoy se la recuerda sobre todo por haber sido la artífice de una cartografía humorística que desarrolló desde la adolescencia.

Cuando tenía quince años, su hermano enfermó y se vio obligado a permanecer una temporada en cama. Para entretenerle, ella empezó a dibujar mapas antropomorfos de países europeos. Ante el entusiasmo del entorno familiar, estas representaciones fueron reunidas, adaptadas y publicadas en forma de atlas, con el título *Geographical Fun: Humorous Outlines of Various Countries* («Diversión geográfica: contornos humorísticos de varios países»), en diciembre de 1868. Cada mapa se acompañaba de unos breves versos cómicos escritos por William Harvey, recopilador de la obra, que añadió una introducción y la firmó bajo el pseudónimo Aleph. El nombre de Lilian no aparecía por ninguna parte, por cierto. Harvey, al principio de la introducción, le da el crédito de haber hecho los mapas, pero hace referencia a ella simplemente como «la joven señorita responsable de estos bocetos».

De hecho, el atlas se menciona aun hoy como si fuera una creación individual de Harvey. Su idea era que el atlas fuera utilizado en las escuelas para que los niños y las niñas aprendieran geografía, dado que les resultaría más fácil recordar las formas de los países si las asociaban a imágenes humorísticas. Así, observar este atlas es como recorrer los países europeos de la segunda mitad del siglo XIX de acuerdo con la visión victoriana. Con un carácter claramente caricaturesco, las naciones se presentan con forma humana en correspondencia con su idiosincrasia sin rehuir el tópico. Francia aparece como una anciana que mira hacia el Canal de la Mancha mientras sostiene un espejo, símbolo de vanidad. Italia adquiere el cuerpo y rostro de Garibaldi, que poco antes había participado en la unificación del país; en el mismo mapa, Cerdeña es un obispo, o quizá el papa Pío IX, llorando (en 1860, los Estados Pontificios, que en su momento habían controlado una parte importante del norte de Italia, perdieron la mayor parte de su territorio). España aparece como una mujer que se acerca a Portugal, retratada como un oso; desde hacía años, los liberales españoles abogaban por la unión de ambas coronas, y en los versos que acompañan al mapa, Harvey menciona al general Prim como responsable de la posible unión de esas dos naciones «largamente divididas».



Mapa humorístico de España de Lilian Lancaster recogido en *Geographical Fun: Humorous Outlines of Various Countries* (1868).

MAPAS Y PODER

Durante toda nuestra historia hemos empleado los mapas para reafirmar nuestra identidad, nuestra relación con ciertos lugares y nuestro papel en el mundo. Y como herramientas de poder y de control del territorio, claro está. En una de las escenas más memorables de *El gran dictador*, Adenoid Hynkel, esa en absoluto velada burla de Hitler, baila con un gran globo terráqueo. Lo hace de una forma casi poética, casi romántica, mientras sueña con dominar el mundo. Chaplin, de manera no tan cómica como podría parecer, nos muestra el poder del objeto cartográfico desde un punto de vista imperial, focalizado en un globo que, por cierto, estaba basado en el que Hitler tenía en su despacho, de enormes dimensiones y conocido como Columbus.

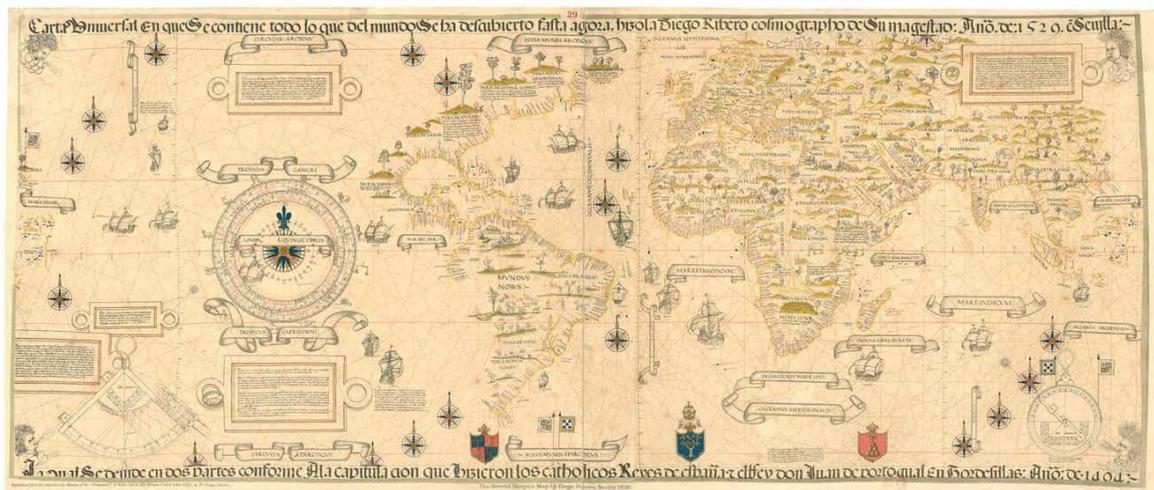


ESPIONAJE, DIPLOMACIA Y NAVEGACIÓN: EL PADRÓN REAL

En el siglo XVI, en la intensa carrera por el control de los territorios de ultramar entre España y Portugal, se creó el Padrón Real, un *mapamundi* oficial y secreto que mostraba los nuevos descubrimientos. Viendo la gran dificultad de gestionar todos los asuntos relacionados con las Indias, y siguiendo el modelo portugués, los Reyes Católicos decidieron crear una institución, dependiente de la Corona de Castilla, que se encargara de ello.

Los territorios descubiertos, las continuas navegaciones y el fundamental comercio entre Castilla y el territorio americano y las islas atlánticas, necesitaban de un sistema de gestión especializado, profesional y centralizado. Ello hizo que, en una Sevilla que pronto se convertiría en una de las ciudades más cosmopolitas y efervescentes de Europa, se fundara en 1503 la Casa de la Contratación de Indias, el gran bastión administrativo del imperio.

Mapamundi de Diego Ribeiro (1520).

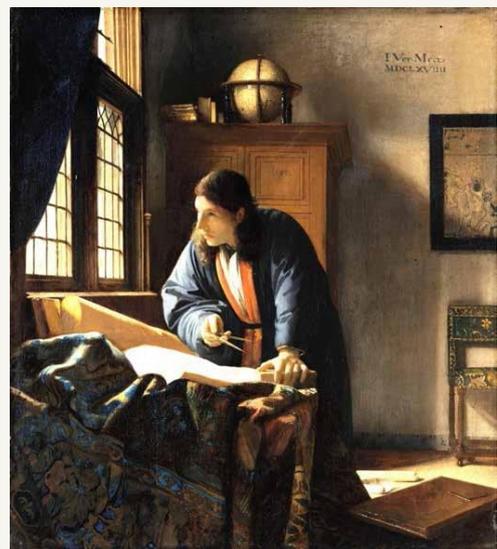


Esta nueva institución se ocupaba del comercio con las Indias, fiscalizaba la mercancía que llegaba de ultramar, formaba a los pilotos mayores que surcarían el vasto océano... Y así surgiría la imagen oficial del mundo. Para Castilla, claro está. Porque, al igual que los portugueses tenían su *Padrão Real*, los castellanos contaban con el *Padrón Real*, el *mapamundi* secreto que mostraba los más actualizados descubrimientos geográficos. Se trataba de un mapa modelo, un prototipo, que debía seguirse con la mayor fidelidad en la creación de los mapas y las cartas náuticas que utilizarían los cosmógrafos y los pilotos mayores en sus navegaciones. Lamentablemente, no se conserva el *Padrón Real* original (tampoco el *Padrão Real*), pero se cree que algunos mapas de la época, como el realizado por el cartógrafo Diego Ribeiro en 1529, son una copia de aquel.

Cabría pensar que un mapa oficial, producto de las informaciones geográficas más recientes y de los métodos científicos más innovadores de la época, era un mapa lo más objetivo posible, que lo que mostraba era totalmente fiable, que los lugares estaban donde se representaban y que las dimensiones del territorio eran las cartografiadas. Nada más lejos de la realidad. No olvidemos que los mapas eran la evidencia de los derechos de una corona u otra para controlar determinadas tierras a partir de lo establecido en el Tratado de Tordesillas y, más tarde, en el de Zaragoza, firmado el 22 de abril de 1529, que determinaba una línea de demarcación en Oriente para el reparto entre ambas potencias de unos territorios con materias primas cuya producción y comercio podía traer pingües beneficios económicos. Era clave demostrar los derechos de explotación de esos territorios. El historiador Antonio Sánchez ha demostrado como ciertos cartógrafos, tanto portugueses como españoles, modificaban ligeramente los mapas para que las islas Molucas (conocidas también como «islas de la especiería», lo que da una idea de su importancia estratégica) quedaran a uno u otro lado de la línea de demarcación en Oriente, en función de los intereses de aquellos para quienes trabajaban. **Porque la imagen científicamente rigurosa del mundo tampoco escapa a la subjetividad. Los mapas fueron documentos jurídicos fundamentales** para defender la postura de ambas coronas en sus conflictos diplomáticos.

MAPAS Y ARTE: LA GRAN SIMBIOSIS. LOS ARTISTAS HOLANDESES

La fascinación artística por los mapas pocas veces ha sido tan profunda y autoconsciente como en los Países Bajos del siglo XVII. A partir del siglo XVI, la evolución de la imprenta y el crecimiento de una burguesía comercial cada vez más enriquecida convirtieron los Países Bajos en el centro europeo del comercio de atlas y mapas. Las creaciones de Abraham Ortelius, Gerardus Mercator, Jodocus Hondius o Joan Blaeu, entre otros, eran bienes muy codiciados por clientes que deseaban hacer ostentación de su nivel económico y cultural. Eran proyectos tan ambiciosos que se llegaban a fabricar muebles específicos para ellos.



El geógrafo, Johannes Vermeer (c. 1668).

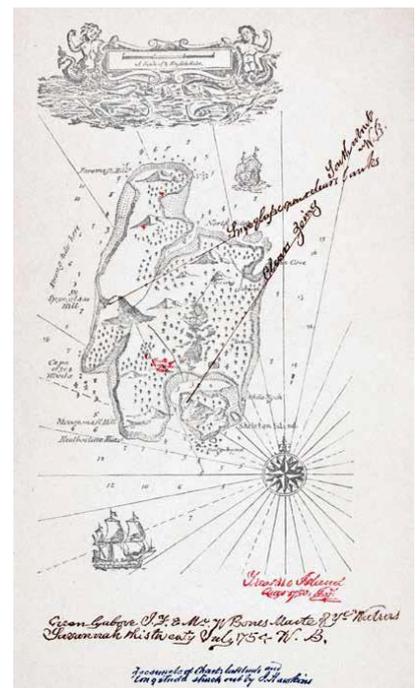
En el siglo XVII, los Países Bajos vivieron un gran desarrollo comercial, científico y cultural al que contribuyó su expansión marítima, sobre todo a través de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (y Occidentales). Este período, conocido como la Edad de Oro neerlandesa, era el caldo de cultivo perfecto para conjugar pintura y cartografía. «Seguramente no hubo nunca otra época ni lugar en que se produjera mayor coincidencia entre cartografía y arte figurativo», afirmó la historiadora del arte Svetlana Alpers. **En la pintura holandesa del siglo XVII, los mapas son un personaje más.** En obras de artistas como Jan Miense Molenaer, Willem Buytewech o Nicolaes Maes es muy habitual ver mapas en el fondo de escenas de interior, colgados de la pared.

El caso más paradigmático, sin embargo, es el de **Johannes Vermeer**, cuyo estilo no puede entenderse sin el objeto cartográfico. En muchos de sus cuadros (su obra no es muy extensa), los mapas adquieren tal protagonismo formal y nivel de detalle que, aun estando en un segundo plano, llaman de inmediato nuestra atención. Son, por así decirlo, cuadros dentro de los cuadros. Este **metalenguaje cartográfico, que va mucho más allá del carácter meramente decorativo de los mapas, ha hecho que Vermeer sea estudiado tanto desde el punto de vista de la historia del arte como del de la cartografía.** En ocasiones, la única referencia que tenemos de la existencia de determinados mapas son los cuadros de este pintor. Vermeer reproduce fielmente objetos cartográficos ya existentes, lo que pone de manifiesto, por un lado, su enorme pericia a la hora de realizar mapas (por mucho que sean copias, hace falta una gran calidad técnica para obtener resultados tan fidedignos) y, por otro, la presencia de mapas murales en el contexto cotidiano de las clases medias y altas de los Países Bajos. Sus cuadros *El geógrafo*, *El arte de la pintura* o *Militar y muchacha riendo*, son obras fundamentales para comprender esta relación entre arte y cartografía.

LOS MAPAS LITERARIOS

Los mapas comparten el poder de la literatura. Son capaces de crear cualquier cosa, cualquier mundo, cualquier tipo de realidad. Y, de alguna manera, los mapas literarios constituyen un refugio. Ante un mundo real cambiante, violento e inestable, en el que los mapas son modificados a conciencia, los mundos literarios se mantendrán siempre inalterables. Son escapes de la realidad, y los momentos de evasión que nos deparan nunca dejarán de ser necesarios.

Los escritores son muy conscientes del poder de ensoñación que tienen los mapas. En *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad reconocía ese poder mediante unas palabras con las que todos nos podemos sentir identificados: «*Cuando era un niño, tenía pasión por los mapas. Miraba horas y horas Sudamérica, África, Australia, y me hundía en ensoñaciones sobre las glorias de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando daba con uno, lo encontraba particularmente atractivo. Ponía mi dedo sobre el lugar y decía: cuando crezca, iré allí.*»



Mapa incluido en la primera edición de *La isla del tesoro* (1883).

Hay un libro en particular que nunca habría existido de no ser por un mapa. Y no es un libro cualquiera, sino uno que a millones de personas nos ha hecho soñar y vivir innumerables aventuras en nuestra niñez y juventud, incluso en nuestra vida adulta. Su autor es uno de los principales escritores del siglo XIX: **Robert Louis Stevenson**, creador de mundos literarios e historias que aún resuenan en la conciencia colectiva y que, con la inagotable fuerza de los clásicos, siempre despertaran la curiosidad de las nuevas generaciones.

Stevenson nunca ocultó su amor por los mapas, ni su conciencia del enorme valor literario e imaginativo que tienen: “Me han dicho que hay gente a la que no le interesan los mapas, y lo encuentro difícil de creer», escribió en un artículo publicado en 1894, poco antes de fallecer. Su estima por los mapas queda clara en la intrahistoria de una de sus obras cumbre.

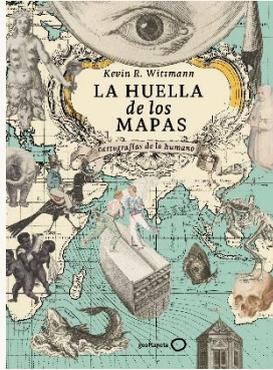
Corría el verano de 1881 y Stevenson estaba pasando las vacaciones con su familia en Braemar, un pueblecito de las Highlands escocesas. Era un verano frío, oscuro, ventoso y azotado por una lluvia que no invitaba a pasear. La familia no tuvo otra opción que quedarse en la casa que había alquilado, «lúgubramente conocida como “la cabaña de la difunta señorita McGregor”», según recordaba Stevenson. En un intento por vencer el aburrimiento, el hijastro de Stevenson, Lloyd Osbourne, de doce años (quien, por cierto, se convertiría también en escritor y colaboraría con su padrastro en la publicación de varias obras) se puso a pintar acuarelas. De acuerdo con el relato de Stevenson, ambos pasaban las tardes pintando juntos. Pues bien, en el transcurso de una de esas sesiones, el escritor empezó a diseñar el mapa de una isla imaginaria que se hacía cada vez más real conforme dibujaba los detalles. Mientras creaba el mapa, en su mente cobraron vida, mágicamente, los personajes de una historia de piratas que buscaban un tesoro enterrado en una isla virgen. Stevenson supo enseguida que aquello era el germen de una novela. Y que se titularía *La isla del tesoro*.

EL AUTOR: KEVIN RODRIGUEZ WITTMANN

Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de La Laguna. Máster en Identidad Europea Medieval por la Universidad de Lleida. Doctor por la Universidad de la Laguna con la tesis *El imaginario oceánico. Las islas del Atlántico meridional en los mappaemundi medievales*. Su línea de investigación principal es la historia de la cartografía desde la óptica de la historia cultural y de las mentalidades. Ha presentado los resultados de sus investigaciones en diversas publicaciones y congresos nacionales e internacionales, tanto en Europa como en Estados Unidos, y ha realizado estancias de investigación en países como Reino Unido, Alemania y Portugal.

Compagina su labor académica con la divulgación, tanto con su colaboración en blogs como *Geografía Infinita* y revistas como *Historia Hoy*, como por medio de redes sociales, fundamentalmente Twitter ([@kr_wittmann](https://twitter.com/kr_wittmann)). Es autor de los libros *Mundos fantásticos* (Bonallevra, 2020), perteneciente a la colección *Grandes Mapas de la Historia* distribuida por el diario *El País*, y *El Atlas de Gerardus Mercator. El hombre que puso el mundo en un mapa* (CM Editores, 2021).





LA HUELLA DE LOS MAPAS

Cartografía de lo humano

Kevin R. Wittmann

GeoPlaneta 17 x 23 cm. 600 pp.

Rústica con solapas

PVP: 25 € En ebook: 14,99 €

A la venta desde el 27 de septiembre 2023

Para más información a prensa y entrevistas:
Lola Escudero - Directora de Comunicación GeoPlaneta
Tel: 619 212 722 - lescudero@planeta.es